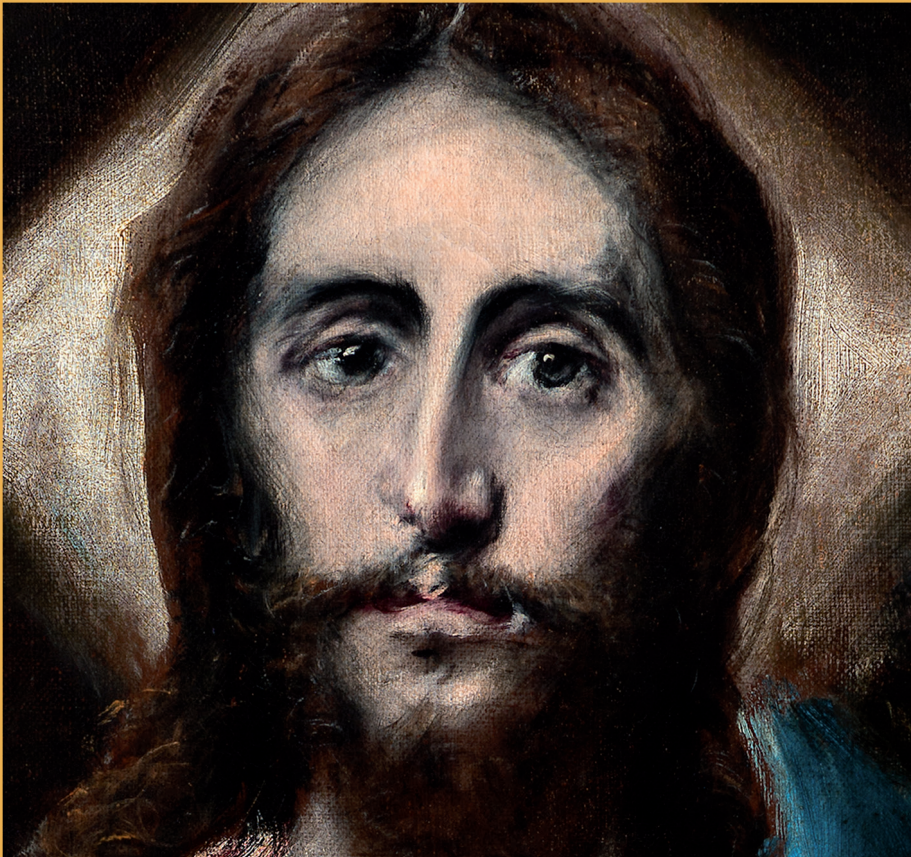


**CARTA A LOS SACERDOTES  
EN EL JUEVES SANTO 2024**

**«Padre, te ruego por los que tú  
me has dado, porque tuyos son»**

(cf. Jn 17, 9)



✠ FRANCISCO CERRO CHAVES  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España





# **CARTA A LOS SACERDOTES**

## **EN EL JUEVES SANTO 2024**

**«Padre, te ruego por los que tú  
me has dado, porque tuyos son»  
(cf. Jn 17, 9)**

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES**  
**Arzobispo de Toledo**  
**Primado de España**

Ilustración de portada: El Greco, «El Salvador» (detalle).

Sacristía de la S. I. Catedral Primada

Edita: Arzobispado de Toledo.

Toledo, 19 de marzo de 2024.

1. “Padre, te ruego por los que tú me has dado, porque tuyos son” (cf. Jn 17, 9). En la noche de su Pasión, Jesucristo ha elevado una oración especialísima por aquellos que había elegido, y “por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí” (Jn 17, 20). En el momento más álgido de su vida, llegada su “hora”, en el Corazón de Jesús está sobre todo la preocupación por la santificación y la unidad de sus sacerdotes. También en el corazón de vuestro Obispo, cada Jueves Santo, ocupáis el lugar más especial. Hago mías todas las palabras del Señor en la oración sacerdotal que san Juan coloca tras el discurso de la Última Cena para elevar la oración al Padre, con el deseo de que Dios os guarde a cada uno como verdaderamente suyos, que os santifique en la verdad, que os consagre para ser enviados, que os conceda vivir en el mundo sin ser del mundo, y que os conceda contemplar su gloria.

2. Me resulta especialmente grato cada año escribir estas líneas, de corazón a corazón, dirigidas a mis más queridos colaboradores, los presbíteros de Toledo. De forma especial, en este año sacerdotal, quiero invitaros a considerar lo que significa la oración del Señor por cada uno de nosotros, conociendo nuestra historia y pronunciando nuestros nombres ante el Padre, para caer en la cuenta de la importancia de asociarnos a esa oración sacerdotal.

Estamos viviendo un curso pastoral en el que la oración de los sacerdotes y la oración por los sacerdotes está animando la vida de nuestra Iglesia diocesana. Comenzábamos este año deseando convertirnos en

“Testigos de la Misericordia Divina”, pidiendo poder palpar y transmitir el fuego del Amor de Dios, haciéndolo pasar por nuestro corazón. Ahora que han transcurrido los meses, no podemos sino leer con fe los acontecimientos vividos, y buscar entender la voz del Espíritu que resuena en la Iglesia (cf. DV 8). No han faltado situaciones dolorosas que vienen a nuestra memoria en esta tarde de Cenáculo, incluso por la mente de cada uno pueden pasar las propias infidelidades y miserias a la luz de la llamada recibida, pero también hoy escuchamos de labios de Jesús la palabra que aquel primer Jueves Santo dirigió a los suyos: “vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lc 22, 28). En un misterioso paralelismo con los acontecimientos que marcaron el año sacerdotal convocado por Benedicto XVI, también a nosotros nos ha tocado asistir al intento de descrédito del ministerio sacerdotal, a la vez que constatábamos que las vasijas de barro en que llevamos el tesoro de la gracia divina se agrietaban o se rompían en algunos casos. En cualquier caso, el Señor, en su sapientísima providencia, lo ha permitido. Y para nosotros vale la garantía de que esto solo puede pasar si está la posibilidad de sacar bienes mayores de este “cáliz” que se nos ha dado a beber. Habrá tiempo para sacar fruto de nuestra ofrenda y para entender lo que el Señor quiera sacar de cada uno de nosotros, en este tiempo de gracia y purificación. Lo que sí que está claro es que en la noche de su pasión, Jesucristo nos enseñó que es inseparable, a la hora de asociarnos a su Sumo y Eterno sacerdocio, entender que somos a la vez Cordero y Pastor, Víctima y Sacerdote, y que decir cada día “Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros” tiene consecuencias si lo vivimos con verdad.

3. “No tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades” (Hb 4, 15). El Señor ha experimentado en su propia carne los embates del mundo y sabe bien a quienes ha elegido para acompañarle. Hay una providencia especialísima de Dios en la vida de cada uno de sus sacerdotes. El Señor no se equivoca y no se arrepiente jamás de habernos llamado (cf. Sal. 110, 4). No somos el fruto de un error de cálculo en un departamento de recursos humanos. La

asistencia del Espíritu Santo a su Iglesia se hace especialmente eficaz en los sacramentos, y de la misma forma en que inexorablemente las palabras de la absolución o de la consagración producen su efecto, la imposición de manos del Obispo sobre nosotros nos transformó y nos dio la gracia suficiente para vivir a la altura de la misión que Dios nos iba a confiar. La tremenda audacia con que la elección divina ha elegido instrumentos pobres de su gracia estaba en el plan de Dios desde el minuto cero. Y el Señor cuenta con todo lo nuestro, para seguir llevando adelante sus designios de salvación para nuestro pueblo, para todo tiempo y nación.

Lo más tremendo de nuestra vocación sacerdotal es la constatación de que el Buen y Gran Dios no ha querido intervenir en la historia de los hombres de forma directa, sino a través del ministerio de esos amigos y colaboradores de Jesucristo que son los sacerdotes. No podemos dejar de asombrarnos de ello. Cabían muchas otras vías de concebir la historia de la salvación de la humanidad. Pero Dios quiso abajarse hasta el punto de hacerse visible en una humanidad como la nuestra, que ahora queda significativamente prolongada en la comunicación de su Vida, la que pasa por los labios, las manos y el corazón de sus sacerdotes. Cuando dejamos pasar del todo la luz de Dios que brota como una fuente del “carácter” de nuestra unción sacerdotal, cuando vivimos con sencillez, pero sin cortapisas nuestra sublime misión, lo que pasa en esta tierra es muy grande. Como decía asombrado aquel abogado de Lyon que venía de visitar Ars: “He visto a Dios en un hombre”. Y esto, que a priori puede parecer exagerado, es lo que pasa cuando los hombres descubren el paso de Dios en nuestro estilo de vida, en el efecto desproporcionado que acompaña la pobre predicación de los ministros del evangelio, en los frutos de santidad que posibilitan los sacramentos, incluso en la mansedumbre y humildad de aquellos que viven con el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Por todo ello, queridos hermanos sacerdotes, os invito a renovar la fe en la fuerza del sacerdocio que nos ha regalado Jesucristo. Nuestra vocación es lo más importante que tenemos, y la única esperanza de

regeneración de la Iglesia y de la sociedad. Por eso es lo más urgente de cuidado. Ser lo que somos, procurar con todo nuestro corazón ser lo que tenemos que ser. A veces el polvo del camino, las heridas de los combates, o incluso las insinuaciones del enemigo de la naturaleza humana, nos hacen olvidar la nueva identidad que el Señor nos ha dado cuando nos ha llamado por nuestro nombre. De la misma forma que Jesús cambió el nombre a Simón, para hacerlo Pedro, piedra, el día de nuestra ordenación sacerdotal se añadió a nuestra identidad la del amigo fiel y necesario al que el Señor siempre querrá como su sacerdote. “Tuyos eran y me los diste” (Jn 17, 6). Nuestra vida ya nunca es la de una humanidad solitaria. Para siempre, es Jesús conmigo. Todo en nuestra vida es Jesús en mí y Jesús conmigo. Eso es participar sacramentalmente del sacerdocio de Jesucristo.

4. Constatar los pecados propios y ajenos en la vida de los sacerdotes puede llegar a ofuscar esta verdad de fe que no podemos olvidar. Por eso lo más urgente en este tiempo, es volver a recordar la necesidad de SER lo que somos, más que hacer una u otra cosa, que siempre brotará como una consecuencia. En la llamada de Jesús a los apóstoles hay una invitación que debería estar grabada en todos los seminarios y noviciados: “Llamó a los que quiso para que estuvieran con Él” (cf. Mc 3, 13-14). Solo desde ahí podemos ser luego enviados a predicar. Y sin dejar de estar con Él. Como decía santa Isabel de la Trinidad, hemos sido elegidos para ofrecer al Señor una “humanidad suplementaria”. Para que Jesús pueda seguir enseñando con calma a los hombres, como lo hacía desde esa barca del mar de Galilea a los que se sentaban en la hierba de la falda del monte de las Bienaventuranzas. Para que su mano pueda seguir extendiéndose para curar a los oprimidos por la enfermedad y la muerte. Para que el Buen Pastor pueda seguir cargando sobre sus hombros a la humanidad caída. Para todo eso, tenemos que estar con Él, vivir en Él. “Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo” (Jn 15, 24) “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn 15, 21).



5. Vivir con Cristo es una realidad que comienza el día de nuestro Bautismo, cuando la consagración de las aguas bautismales nos sumerge en la vida de la Trinidad. Pero va más allá aún cuando recibimos la consagración sacerdotal, y quedamos unidos para siempre a Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia. Lo cierto es que esta consagración, que es una realidad permanente, está llamada a actualizarse de día en día, y va haciéndose verdad en nuestra existencia en la medida en que nuestras acciones personales van orientando nuestro conocimiento y nuestro amor hacia Él. Toda nuestra vida está orientada a que nuestro cielo sea la Trinidad, y esa relación personal comienza ya aquí. “Si alguno me ama, mi Padre le amará y vendremos a Él y haremos morada en él” (Jn 14, 23). Por esa misteriosa convivencia de la inhabitación de la Trinidad en el alma en gracia, las Personas divinas se nos dan para ser disfrutadas y poseídas. Esta revelación de Jesucristo sobre la vida íntima de la Trinidad en nosotros nos invita a orientar toda nuestra existencia hacia el único capaz de saciar la sed profunda de felicidad y plenitud que está inscrita en nuestros corazones. También a enseñar a nuestros fieles a beber de ahí. A apagar esa profunda necesidad de amor y comunión, de intimidad y relación personal en Aquel que nos ha dado verdadero acceso a las “fuentes de la salvación” (Is 12, 3). Esta orientación fundamental de nuestra existencia sacerdotal se concreta, en primer lugar, en el modo en que vivimos nuestra oración, esos tiempos de dedicación directa y exclusiva para estar con el Señor. Si San Pablo describe el cielo como un “estar con el Señor” (cf. 1Tes 4, 17), el cielo se puede pregonar ya en esta tierra por la gracia. “Esta admirable unión, que propiamente se llama inhabitación, y que sólo en la condición o estado, mas no en la esencia se diferencia de aquélla por la que Dios abraza y hace felices a los bienaventurados” (León XIII, *Divinum Illud munus*, DH 3331). Para este día del Jueves Santo, me gustaría que todos los sacerdotes, al calor del Sagrario, rumiésemos un rato la importancia de la oración en nuestra vida, a la luz de la oración sacerdotal de Jesucristo. Muchas cosas dependen de la oración del sacerdote, comenzando por su propia salud espiritual, y siguiendo con la de su pueblo.

6. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3). La oración es una ocasión para conocer al Señor, una tarea que sobrepasa ampliamente las capacidades del hombre, pero que, a la vez, supone la Vida con mayúsculas que anhelamos. Es una tarea que supone a la vez el discurrir de la mente que se “eleva” hacia Dios (cf. CEC n. 2590) y la actividad del Espíritu Santo, que por los dones con que nos abre a su operación, nos introduce con una sabiduría venida de lo alto introduciéndonos en el Amor que es la Trinidad.

Para el sacerdote es importante preparar su oración. Que tenga un tiempo determinado, conociendo nuestras características personales que nos pueden inclinar más a la mañana o a la noche. Pero que sea un verdadero tiempo para Dios. Jesucristo, en medio de los múltiples reclamos de su vida pública, buscaba denodadamente esos momentos para estar con el Padre, que es la verdadera roca en que descansa la humanidad de Cristo. Todos tenemos muchas cosas que hacer, verdaderas exigencias de nuestro ministerio, pero nada estaría bien orientado si no nace de ese tiempo con el Señor. ¡Cuántas veces acertaremos en nuestras decisiones, tendremos las palabras oportunas, nos sorprenderá el vigor de nuestras labores si nacen de nuestra unión con Dios! Cada cual sabe lo que le ayuda para elevar mirada al Señor. Muchos se ayudan de la imagen o de la mirada de Jesús, otros de las palabras del evangelio, algunos rumian los salmos... hay tantos caminos de oración como personas llamadas a vivirla. Lo cierto es que nunca se puede prescindir de la referencia a la humanidad de Jesucristo, como recordaba tantas veces santa Teresa de Jesús (v.gr. Vida, c. 22). Y es que la amistad con Cristo Jesús es la verdadera puerta para entrar en el conocimiento más alto: “Así, en su alma como en su cuerpo, Cristo expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad” (CEC n. 470). Conociendo al Dios de la Vida, además, iluminamos con la luz más potente posible todas las posibles eventualidades de nuestra vida. Cuanto más cerca de Él, más verdad y realismo pondremos a todo lo nuestro. En ningún caso, la cercanía de Dios supone lejanía de lo humano, más bien todo lo contrario. El sacerdote se va haciendo progresivamente “el hombre

de Dios” en la medida en que esa inmersión de su vida de oración le va dando ese “olor” que el “sentido de los fieles” percibe habitualmente con agudeza, y que se caracteriza por una unción espiritual que da a sus palabras una incisividad del todo peculiar, la capacidad de hablar a lo profundo del corazón.

7. “Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío” (Jn 17, 10). “La oración es el reconocimiento de nuestros límites y de nuestra dependencia: venimos de Dios, somos de Dios y retornamos a Dios. Por tanto, no podemos menos de abandonarnos a Él, nuestro Creador y Señor, con plena y total confianza [...]. La oración es, ante todo, un acto de inteligencia, un sentimiento de humildad y reconocimiento, una actitud de confianza y de abandono en Aquel que nos ha dado la vida por amor. La oración es un diálogo misterioso, pero real, con Dios, un diálogo de confianza y amor” (S. Juan Pablo II, Alloc. 14-III-1979). Ese clima de intimidad al que apunta el Señor en la oración sacerdotal, y que subraya el santo papa polaco, es también muy importante en nuestra vida de oración. Apunta al centro en el que está el descanso del corazón del sacerdote. Deberíamos preguntarnos cuáles son nuestros descansos espirituales, y aprender a descansar con el Señor.

Para ello, nuestra oración no debe ser una pura actividad intelectual. Como decía santa Teresa de Jesús: “No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más te despertare a amar, eso haced” (Moradas IV 1,7). Ese encuentro corazón a corazón que es la oración del consagrado se hace de miradas, suspiros, desahogos... Implica un diálogo de tú a tú, tratándose como amigos, no una mera consideración de verdades abstractas. Cuando esto falta en la oración, se resiente la verdad de nuestra vida espiritual. Tratar a Jesucristo como una persona viva, eso es fundamental y no es ocioso recordárnoslo de vez en cuando.

8. “Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). La obra de nuestra santificación es una obra de progresiva compenetración con el Señor. Y eso se hace con

el tiempo, con el compartir las fatigas, con el asociarnos en las cruces, poniendo también a Jesús en nuestras alegrías. Se trata de compartir la vida. Para ello, hay que frecuentarse, compartir el tiempo profundamente vivido, en medio también de las arideces y oscuridades. Nos ayuda mucho a ello también la fidelidad al rezo de la Liturgia de las Horas que prometimos el día de nuestra ordenación. Esta santificación del tiempo y de nuestros espacios supone, en la sabiduría acumulada de la Iglesia, un medio óptimo para transcurrir nuestros días en compañía del Señor. Rezar con la Palabra de Dios, dejarnos interpelar por ella, poner en nuestros labios los mismos salmos que pasaron por los labios del Salvador... Eso nos va dando “la mente de Cristo” (cf. 1Cor 2, 16), los “sentimientos” de Cristo (Flp 2, 5). Una buena oración al paso de las horas, sin apresuramientos, nos hace ir sintonizándonos progresivamente con el latido del Corazón de Cristo en el corazón de la Iglesia. Casi inconscientemente, se irá grabando en nuestro alma la Palabra de Dios justa para afrontar la tentación, para interpretar los acontecimientos de nuestra vida, para alimentar a los que buscan un manjar más alto que el que ofrece el mundo. Si el sacerdote está llamado a vivir especialmente ese tono alto de la vida cristiana que conduce a la santidad, el rezo del Breviario supone ese contacto cotidiano con el que la Iglesia esposa va tejiendo su vestido para las nupcias del Cordero, se prepara y anticipa a la vez el encuentro con Cristo Esposo del alma.

9. En este día en que Jesucristo instituyó la Eucaristía, e indisolublemente unido al sacramento de su Amor, instituyó el sacerdocio de la Nueva Alianza, os propongo la oración litánica que, desde la Casa Contemplativa Diocesana, se reza cada jueves para interceder por los sacerdotes. Esta oración, que también propongo para esa red de ayuda a los sacerdotes con que hemos sido bendecidos a través de la asociación “Betania”, puede ser una bella expresión del cuidado de cada parroquia y comunidad por nuestros presbíteros en todas sus necesidades:

R./ Jesús, Sacerdote eterno, escúchanos

## CARTA A LOS SACERDOTES EN EL JUEVES SANTO 2024

Por nuestro obispo don Francisco  
Por su auxiliar don Francisco César  
Por los obispos eméritos don Braulio y don Ángel  
Por nuestros sacerdotes diocesanos que fueron nombrados obispos  
Por todos los sacerdotes del presbiterio  
Por nuestros diáconos diocesanos permanentes  
Por los pro-vicarios, los vicarios episcopales y los delegados episcopales  
Por los arciprestes  
Por los párrocos, los vicarios parroquiales y los sacerdotes adscritos  
Por los párrocos “in solidum”  
Por los consultores y los consejeros  
Por los consiliarios de grupos y movimientos y los capellanes  
Por los sacerdotes maestros y profesores  
Por los superiores y formadores de los seminarios y los directores espirituales  
Por los sacerdotes que están en formación  
Por los sacerdotes de la curia  
Por los canónigos de la santa iglesia catedral y los capellanes mozárabes  
Por el penitenciario diocesano y los sacerdotes exorcistas diocesanos  
Por los sacerdotes que trabajan en los medios de comunicación  
Por los sacerdotes diocesanos en otras diócesis  
Por los sacerdotes diocesanos en misiones  
Por los sacerdotes “fidei donum”  
Por los sacerdotes diocesanos castrenses  
Por los sacerdotes diocesanos jubilados  
Por los presbíteros religiosos en nuestra archidiócesis  
Por los sacerdotes más jóvenes  
Por los sacerdotes mayores y ancianos  
Por los sacerdotes emprendedores y creativos  
Por los sacerdotes con nuevas formas de apostolado  
Por los sacerdotes con apostolado presente en las redes  
Por los sacerdotes activos en la Nueva Evangelización  
Por los sacerdotes presentes en el mundo rural  
Por los sacerdotes que se sienten tentados

## ARZOBISPO DE TOLEDO

Por los sacerdotes fustigados por el maligno  
Por los sacerdotes que se sienten en soledad  
Por los sacerdotes más aislados  
Por los sacerdotes que dudan  
Por los sacerdotes que se sienten tentados por el demonio meridiano  
Por los sacerdotes que están procesados  
Por los sacerdotes encarcelados  
Por los sacerdotes que pasan necesidad  
Por los sacerdotes enfermos de cuerpo o espíritu  
Por los sacerdotes hospitalizados  
Por los sacerdotes perseguidos a causa de la fe, de la verdad o de la  
justicia  
Por los sacerdotes calumniados  
Por los sacerdotes que sienten peligrar su vida  
Por la Hermandad de Sacerdotes Operarios diocesanos del Sagrado  
Corazón de Jesús  
Por la Sociedad Sacerdotal de Sta. María de los Apóstoles  
Por la Hermandad de los Hijos de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón  
Por la Fraternidad Sacerdotal en el Corazón de Cristo  
Por la Sociedad sacerdotal de la Sta. Cruz (Opus Dei)  
Por la fraternidad de nuestros sacerdotes  
Por la santidad de nuestros sacerdotes  
Por la fidelidad de nuestros sacerdotes  
Por la unidad de nuestros sacerdotes en torno al obispo  
Por los seminaristas mayores y menores  
Por los seminaristas diáconos  
Por los amigos y benefactores de los seminarios  
Por las vocaciones sacerdotales y diaconales  
Por los familiares de los obispos, presbíteros y diáconos  
Por los bienhechores de los sacerdotes  
Por los que ayudan a los sacerdotes y por los que les sirven  
Por la Asociación Betania  
Por los que oran por los sacerdotes  
Por las consagradas que ayudan y oran por los sacerdotes

Por los sacerdotes secularizados y sus familias  
Por nuestros obispos difuntos  
Por los sacerdotes difuntos

Señor, ten piedad.  
Cristo, ten piedad.  
Cristo, óyenos.  
Cristo, escúchanos.

10. Queridos sacerdotes: espero que este Jueves Santo suponga una nueva tarde de Cenáculo. Una llamada a renovar nuestra amistad con Jesucristo. Él nos ofrece la oportunidad de descansar sobre su pecho en esta noche santa. En nuestra retina, durante todo el tiempo cuaresmal y en toda nuestra vida, está grabada la declaración de amor del Crucificado, a cuya mirada se dirige toda la oración de la Iglesia. Como decía un gran santo toledano: “En la Cruz hay lección, pues Cristo es el libro de dentro y de fuera, con letras bien grandes: sus llagas. Hay meditación en que el alma puede reunir grandes cosas. Hay oración, porque allí se levanta Dios” (S. Alonso de Orozco, Tratado de la oración mental, 6). Os encomiendo a Santa María, Madre de los Sacerdotes y a San José. Recibid mi bendición en la esperanza de la alegría pascual.

Toledo, a 19 de marzo de 2024  
Solemnidad de San José, esposo de la Virgen María

✠ Francisco Cerro Chaves  
Arzobispo de Toledo y Primado de España







